

Romano, Antonella, *Impressions de Chine. L'Europe et l'englobement du monde (XVIe-XVIIe siècle)*, Paris, Fayard, 2016, 388 págs., ISBN: 978-22-13682-58-7.

La demostración práctica de que el globo terrestre podía ser circunnavegado en el siglo XVI –junto con el tándem que supuso el descubrimiento europeo de un Nuevo Mundo en el hemisferio occidental y el desarrollo de una tradición cosmográfica que permitía que el mundo fuese representado con un nuevo y sofisticado sistema de códigos– puso a China y a los espacios asiáticos mucho más directamente en contacto con el continente europeo de lo que nunca antes lo habían estado. En una obra que ciertamente está pensada para situar a la historia asiática dentro de un diálogo más estrecho con la Europa moderna, Antonella Romano vincula las últimas dos décadas de atención historiográfica hacia las monarquías ibéricas con el creciente interés por las conexiones entre Asia, América y los imperios español y portugués durante el Renacimiento. *Impressions de Chine*, un ejercicio de historia global a la francesa, adopta como objeto de análisis la conexión histórica existente entre un ‘orden ibérico’ que se hallaba en pleno apogeo en Europa durante los siglos XVI y XVII, y un mundo asiático que entró inexorablemente en contacto con elementos de aquel continente, sobre todo cuando las órdenes religiosas (y los jesuitas en particular) trataron de captar y hacer proselitismo entre las poblaciones locales en comunidades tan distantes como Puebla (México), las Filipinas y el gran Imperio Ming de la China moderna.

Como muestra de lo que ella emplea como principio conductor de su obra –“*l’englobement du monde*” (la globalización del mundo)–, Romano comienza describiendo una nueva manera de entender el orden global que sugirió como resultado de la expansión de la Cristiandad occidental, y poniendo énfasis en la interacción de los mapas, los globos terráqueos y los textos de carácter topográfico que eran utilizados por los prosélitos, pero que confirman la inestabilidad que había en torno a ciertos términos espaciales clave a través de los cuales los observadores de la época moderna contemplaban su propio universo cultural e intelectual. Las evidencias acumuladas durante el Renacimiento de una serie de nuevos descubrimientos geográficos dieron paso a otra ruta marítima más: la del Pacífico, que desde México y a partir de 1560 en adelante se convirtió en un eje fundamental para los españoles, ya que ellos tuvieron que reemplazar a los portugueses tanto en Asia como en América. Pero fue Roma la que actuó como un núcleo espacial en el que se desarrollaron nuevas formas de conciencia global, y que suscitó a su vez nuevas formas de conquista en el ámbito material y sobre todo espiritual. Ciertamente, Roma es un protagonista menos reconocido de la historia global ibero-asiática.

La llegada de libros escritos por autores ibéricos fue otro factor importante para mejorar el conocimiento que tenían los europeos sobre Oriente, captado en tratados tan monumentales como las *Decadas da Asia* de João de Barros, el *Tratado das Cousas da China* de Gaspar da Cruz y la *Peregrinação* de Fernão Mendes Pinto. La doble publicación de la *Historia de las cosas más notables* de Mendoza y de la *Historiarum indicarum* de Maffei, precisamente en el momento en que los imperios

portugués y español quedaron bajo un mismo soberano, nos habla de la “sumisión del orden del impreso al orden de la política”, produciendo un cambio político que tendría profundos efectos no sólo sobre la representación de los mundos asiáticos sino también sobre las interconexiones entre Asia y las colonias ibéricas en las Américas. En el caso de Mendoza, este fraile agustino pudo escribir la primera historia de China sin haber hollado nunca aquellas tierras, pero articuló una imagen de América que desde entonces estuvo inextricablemente unida a la de los espacios asiáticos tal como los veía la corona española.

Mientras tanto, los jesuitas, dentro y fuera de China, comenzaron a hacerse con el control del panorama cultural e histórico entre ambas regiones. Desde Ricci hasta Trigault, pasando incluso por Athanasius Kircher y otros, las imágenes de un vasto imperio fueron cuidadosamente presentadas por estos misioneros que tenían que enfrentarse a un Oriente culto que no era capaz de ser comprendido con las tradiciones cristianas arraigadas en Europa. La ciencia proporcionó uno de los lenguajes de comunicación clave, algo que ya habían empezado a hacerse con Ricci –con el célebre obsequio que hizo de un reloj a las autoridades chinas– y que fue más elaborado por Trigault, quien, al igual que Mendoza y otros, comentó los conocimientos astrológicos y astronómicos que manejaban los chinos. Pero volvió a ser –de nuevo– la cartografía la que permitió que el conocimiento sobre China fuese comunicado de manera más efectiva, mediante una serie de publicaciones que hizo Trigault siguiendo la estela dejada por Ricci tras su muerte. Esta tradición culminaría en el aún más monumental *Novus Atlas Sinensis* de Martino Martini, publicado en Ámsterdam en 1655, que se sitúa en la tradición cartográfica de Blaeu y que se erige sobre una dimensión de espacios globales que estaba totalmente ausente en sus predecesores.

El reparto de los protagonistas del libro de Romano, incluyendo a Mendoza, Ricci y Trigault, nos recuerdan los compromisos multifacéticos que atendieron tanto figuras religiosas como agentes del imperio durante este periodo. Entre ellos, ninguno fue tan cosmopolita –y estuvo más conectado con las aspiraciones globales de España– como Juan de Palafox. Este miembro del clero secular que fue llamado por Olivares para convertirse, primero en miembro del Consejo de Indias y después en obispo de Puebla (y arzobispo de México durante un tiempo), fue también, aunque brevemente, virrey de Nueva España. Pero aparte de la extraordinaria biblioteca que legó a la ciudad de Puebla a su regreso a España en 1649, fue su *Historia de la conquista de la China por el Tártaro*, impresa en París (1670), la que hace que su caso sea relevante para *Impressions de Chine*. Romano asocia este texto con dos periodos importantes: el primero que corresponde a la etapa en que Palafox estaba en México, y el segundo a un periodo de mayor calma en China que coincide con la consolidación de Kircher como primer sinólogo de la iglesia católica (diez años después de la muerte de Palafox –la publicación de su obra fue póstuma). Atrapados entre la geopolítica del imperio español y una rivalidad entre jesuitas y dominicos por la proyección global de sus órdenes, Palafox escogió reflejar el auge y caída de los imperios –en este caso, el de los tártaros– como espejo para reflexionar sobre la situación político-religiosa que él estaba viviendo en aquel momento. Esta obra surgió, por lo tanto, y fue publicada en un momento de un fuerte sentimiento antijesuita, que era probablemente parte de una campaña orquestada por los dominicos. Esta combinación de diferentes facetas de la historia religiosa, política y de la imprenta constituye un rasgo distintivo de la obra de Antonella Romano, y un testimonio evidente de la

forma en que la historia del libro se ha infiltrado –con resultados excelentes– en la labor de los historiadores interesados tanto en la sociedad como en la política.

El libro de Romano merece ser leído teniendo en cuenta la nueva tendencia de la historia global que se sirve de metodologías perspicaces combinando diversos campos para sacar a la luz relatos sobre la historia más amplia de las conexiones transoceánicas, historias que, a menudo, habían pasado –hasta ahora– desapercibidas. Aun cuando será necesario seguir investigando para arrojar nueva luz sobre las relaciones entre Europa y Asia –y entre Asia y el continente americano, que ofrece un área de investigación especialmente efervescente– estas *Impressions* seguirán dejando huella en la conciencia tanto del especialista como del lector general, y sobre todo en aquellos que deseen entender los orígenes de la globalización en que vivimos en la actualidad.

Neil Safier
The John Carter Brown Library – Brown University
neil_safier@brown.edu

Traducción del inglés: Bernardo J. García García